

EL 10 DE AGOSTO DE 1932

I.—Un General romántico y una Patria que se hunde

Por el Coronel A. DIAZ CARMONA

No sería posible dar unidad a los acontecimientos si no se perfilan, al menos, la personalidad y sentimientos que impulsan a los personajes que intervengan en cualquier hecho trascendente.

Las personas y sus actos determinan las razones que dieron lugar a situaciones clave hasta concluir en una lucha violenta, sobre todo las de tipo revolucionario.

Si no descendiéramos a las singulares circunstancias políticas de aquel tiempo, ni dijésemos antes algo sobre la auténtica personalidad de su actor principal, siempre quedarían dudas sobre las razones que dieron lugar al suceso histórico con que se encabezan estas páginas.

Por eso nos será muy conveniente sintetizar, eso sí, al máximo, la marcha de la política en nuestro país desde el principio del siglo que corre, hasta llegar al pronunciamiento del General Sanjurjo, y al mismo tiempo exponer, en la misma forma extractada, pero suficiente, quién y cómo era este gran hombre y cuáles fueron sus reales impulsos, cuando, al final, tomó tan grave decisión.

ANTECEDENTES HISTORICOS

La sublevación del 10 de agosto de 1932 no fue juzgada por la gente con conocimiento de causas, con lo cual, incluso por sus simpatizantes, no se le hizo la debida justicia, puesto que gran número de personas estimaron al glorioso Marqués del Rif hombre ligero e impulsivo.

Otros se sugestionaron con la afirmación de los más o menos intelectuales enemigos de España, que la República era un régimen político de finalidades loables y legal; dos afirmaciones falsas totalmente.

Porque el General Sanjurjo no fue jamás un hombre irreflexivo, es más, en el bien mandar, en la parte oficial, nadie hubo más completo de cualidades necesarias para ejercer cualquier clase de jefaturas, sin que su vida privada tocase nunca la dignidad de sus cargos. Y su vida particular no fue ni más ni menos que como la de otras personas como él honorables, cristianas y buenas, que a nada ni a nadie estorbaron nunca.

Y el advenimiento de la República fue una farsa vergonzante que un gobierno inexistente consintió que llegase, como se ha de ver en toda clase de testimonios existentes, antes de la decisión del Rey de abandonar España.

En realidad, los orígenes de la Segunda República española hay que buscarlos muy lejos en el tiempo, porque la marcha de los sucesos político-administrativos fue como un río desbordado de siglos que nadie se preocupó de contener o desviarlo hacia mejor desembocadura.

Si nos anima un espíritu inquisitivo, hemos de remontarnos, apenas sin pretenderlo, a la colonización de América en la parte que nos afectó a los españoles.

Porque allí acudió España toda; en dos siglos, treinta millones de españoles, según Ballesteros, emigraron al Nuevo Mundo. En la metrópoli quedaron muchos tarados, incapaces o menos decididos a ejercer cargos públicos en el Nuevo Mundo, en Flandes, Italia u otros lugares de nuestros dominios. La emigración masiva se suspende a veces, otras se frena, pero España se vuelca materialmente sobre Hispanoamérica, yendo allí teólogos, filósofos, humanistas, técnicos de todo orden, emprendedores financieros, artistas, literatos y nuestros mejores y tradicionales artífices; éxodo que dura varios siglos hasta primeros años del actual, resultando que si alguien vuelve, son pobres obreros luchadores allí enriquecidos, engolados autócratas de sus pueblos, después, envanecidos, ya viejos, mientras el país se fue empobreciendo, no sólo en lo material, sino en lo más grave, porque cunde el desánimo de los que aquí quedaron, y nuestros galeones traen oro que va a sufragar los inmensos gastos de nuestras campañas en Europa.

Pedro Machuca en el siglo XVI y el Barceló en el XVII asaltan las riquezas procedentes del Atlántico al atravesar la península. Fue un bandolerismo que llegó incluso a ganar la simpatía general con gran indignación de los Reyes de España.

Quedaron en Hispanoamérica los que más tarde logran la independencia de aquellas repúblicas, cuando éstas logran capacidad administrativa bastante.

Tuvo lugar en Madrid, en fecha que no tengo precisada, un Congreso de países que antes fueron colonias de España en América. El representante de uno de ellos dijo a un español allí asistente: "Hay que reconocer que sus antepasados cometieron muchas barbaridades en mi país", a lo que el español

contestó: "No, mis antepasados no; los suyos, que fueron los que allí se quedaron, los míos no salieron de España."

España se desangró lentamente. Todo es natural y lógico. Las madres mueren por sus hijos, o si aún viven, son abandonadas por aquéllos.

España está henchida de honra y de orgullo con su obra en América; pero ello no puede desviarnos de la verdad de una de las causas principales de nuestra decadencia secular a la que tanto contribuyeron nuestras conquistas y colonización en aquel Continente y también nuestros gobiernos.

Cuando alborea el siglo XX los españoles no creemos en nada ni en nadie. La desilusión es total. Las mentes están ocupadas por los espectros, aún muy próximos, de nuestros desastres que borran lejanas glorias que apenas sirven para adornar las tapas de los textos de historia que, salvo los niños en las escuelas, a nadie le gusta leer, ya que ni siquiera se cree en ellas. Se lee, sin embargo, aún a Voltaire, pero no a Balmes ni a la cimera entonces de nuestras letras Menéndez y Pelayo y tantos otros.

La nación más poderosa de la tierra, creadora de uno de los mayores imperios de la historia del mundo, se hallaba enferma en trance de morir y en esos años de finales y principio de siglo se acentúa más, si cabe, su agonía.

A los españoles ha dejado de interesarles las guerras de nuestra unidad nacional, las victorias de Carlos I en Africa, las guerras de Flandes e Italia, ni las conquistas de América y nuestras tenaces luchas coloniales y tantas otras que hendieron las armas españolas en todos los horizontes de la tierra; victorias de todo orden del saber humano...

Les atormenta la humillación, que no la gloria, de la campaña contra Napoleón, las irregularidades durante el reinado de Fernando VII, las guerras carlistas que dejaron esquilmas las cajas del tesoro y llenas de miseria las provincias españolas, de las que el bandolerismo después se enseñorea y la gente campesina muere de inanición por los caminos sagrados de España, los pronunciamientos militares de cada día de aquel infausto siglo XIX y, para ser muy breve, la expulsión de dos Reinas y de un Rey, el advenimiento de una República que fracasa y el turno desmoralizador en el poder de dos hombres, Cánovas y Sagasta.

Inseguridad, angustia, temor, odio, presidía el pensamiento del español medio, que era el de la masa general maltratada y brazo de las mayores catástrofes, pues con un paro muy considerable y los obreros duramente tratados por los jefes o caciques, cundía la anarquía en muchos lugares de un país inculto y atrasado; todo lo cual multiplicaba las dificultades para mantener el orden y la paz entre los españoles.

* * *

Todo este tenebroso pasado estuvo salpicado, como siempre, de hechos de relieve, a veces de heroísmos sin medida, de sacrificios infinitos, de descubri-

mientos y avances en las ciencias y en las artes por parte de nuestros más preparados hombres impulsados por el genio de la raza.

España siguió debatiéndose en medio de su general derrota.

El ejército, que tantos reveses sufrió a fines del siglo precedente y que tan mal fue visto y tratado por los políticos, sobre todo, principales culpables, seguía siendo escuela de grandes hombres y de exaltados patriotas, y los cuarteles, pobres, mal provistos de todo lo más indispensable de su tiempo, eran templos donde se rendía culto a la disciplina y al honor.

UN "CAPITAN" ENTRA EN LA HISTORIA

Don José Sanjurjo Sacanell, el recio personaje que presidirá este estudio, nació en Pamplona el 28 de marzo de 1872. Era hijo del capitán de Caballería don Justo Sanjurjo Romostro, muerto en la campaña del Norte de la guerra Carlista, cerca de Alcubierre.

Su madre, doña Carlota Sacanell Dosep, era hermana del Secretario del Pretendiente al Trono de España.

Esta familia, por lógica afinidad, era carlista y cristiana.

Desde bien pequeño se puso de manifiesto su irrevocable vocación militar. Cursó sus estudios en el Colegio de Huérfanos de la Guerra en El Escorial, ingresando en la Academia General, entonces en Toledo, en 1890, y pasando a la de Infantería en 1893, fue promovido a oficial en 10 de julio de 1894.

En 15 de febrero de 1896 embarcó en Cádiz para Cuba. Su afán por tomar parte en seguida en la guerra hizo que lo procurase tan pronto como salió de la Academia de Infantería con el grado de Segundo Teniente, "honor que le fue concedido", desembarcando en La Habana quince días después.

Sanjurjo contaba entonces veintitrés años, cumpliendo al poco tiempo de su llegada a la isla los veinticuatro.

La insurrección se halla en un momento de aparente calma. Al Comandante General Martínez Campos no se le consideraba ya capaz de continuar imponiéndose con la dureza que demandaban las exigencias del cabecilla Máximo Gómez y su lugarteniente el mulato Antonio Maceo, y por una resolución tomada por el entonces presidente del gobierno Cánovas del Castillo, poco antes de su asesinato, fue relevado por el General Weyler, duro hasta la crueldad si preciso era; pero éste fue sustituido por Sagasta a su subida al poder, si bien con su conformidad o propia petición de su cese, según Salvat.

Sanjurjo toma parte en los combates de las Gallegas, las Mexías, el Collado y Lomas Negras. Su serenidad ante el fuego enemigo hizo pronto que fuese considerado como un oficial distinguido y capaz de cualquier misión, batiéndose bravamente en los más peligrosos lugares de aquellos momentáneos frentes de combate, para ser trasladado a otros y operar indistintamente en van-

guardia, en retaguardia, o en los flancos y, en general, en toda clase de situaciones difíciles.

Su primera recompensa de guerra fue una cruz roja del mérito militar por su comportamiento a los pocos días de llegar a Cuba.

Ascendido a primer Teniente por méritos de guerra, por su comportamiento en Taco-Taco, en Real Orden de marzo de 1897, y al considerarse poca esta recompensa, pues se hallaba muy próximo su ascenso por antigüedad, le fue otorgada la Cruz de María Cristina.

Habiendo sido herido gravemente en una muñeca, es evacuado a la Península, en donde permanece curándose cuatro meses, regresando a Cuba y combatiendo sin descanso durante los meses de mayo, junio y julio.

Al hallarse en Sancti-Spíritus y tener noticia de que el Regimiento de Zamora número 8 iba a tener más actividad guerrera que en el de su destino de entonces, lo solicitó, siendo destinado en noviembre de 1897.

Ya en Sanjurjo se acusan entonces sus cualidades personales más sobresalientes; es decir, su bravura serena y su simpatía y llaneza, por lo que todos le quieren y respetan. No transige con la menor falta de disciplina o desatención a su empleo, pero es siempre el hombre generoso que sonríe y abre su mano al desvalido, al enfermo, al necesitado de la compasión de alguien. Con sus soldados habla y bebe vino en la bota como si fuera uno de ellos; pero éstos siempre desean ir con él a todas partes, a donde les lleve Sanjurjo, con la alegría de saberse seguro en todo caso. Estas dos virtudes extraordinarias en un militar, por lo difíciles que son de obtener del cielo, no se modificaron ya hasta su muerte. Así lo conocimos los de mi tiempo treinta años después.

En el mes de diciembre de este año de 1897 se le concede otra cruz roja y sigue tomando parte en innumerables operaciones a las órdenes de distinguidos jefes, como Cirujeda, Arolas Chacel, y generales Ochoa y Fuentes. Después de tomar parte en las operaciones de Mongote de los Negros, Campamento, Tres Cruces y Acantilados, a las órdenes del general Bernal, se le concede otra cruz roja pensionada, y después de su valeroso comportamiento en el Paso de la Mula se le propone para el ascenso a capitán.

Poco sabía aún Sanjurjo, ni pensaba en ello, de la impotencia de nuestros gobiernos y del estado lamentable de nuestra política general; del desorden y descontento de todos los sectores; pero sí pudo ver allí mismo "el desamparo de nuestro Ejército y de nuestra Marina, cuyo desastre final tuvo que ver con el corazón destrozado de dolor y de vergüenza, mientras a bordo del barco que había de traerle a la metrópoli se miraba acongojado sus tres estrellas rutilantes de Capitán de la Infantería más gloriosa de la tierra..., sin saber aún que, como los demás oficiales procedentes de Cuba, había de ser recibido en su Patria con burlas y chistes de mal gusto o peor intención, y cuando llegó, el ambiente en la calle, casinos o lugares cualquiera de concurrencia le ahogaba".

El desánimo por todo lo español "y sobre todo el menosprecio al Ejército y la admiración por lo ajeno, la pobreza general y el descuido de los gobiernos constituidos o mantenidos por profesionales de la política a los que, a buen número de ellos, a quienes les interesaba el poder, pero no les dolía España, producía en su ánimo sentimientos encontrados de desilusión, de indiferencia o de violencia a duras penas contenida...".

Las frases recogidas en los párrafos que anteceden en poco más o menos y que entrecomillo, las oí decir más de una vez al propio General Sanjurjo en agosto de 1932, con otros oficiales, en la Prisión de San Francisco el Grande, en Madrid; lo que hago constar aquí tal y como yo las conservo, como otras muchas cosas que ocasionalmente viví cerca de él y que también consignaré más adelante, pues nada será más completo, elocuente y veraz que lo que uno mismo vio y oyó.

A su vuelta de la perla de las Antillas recorrió varias guarniciones, inquieto, deseoso de mayor vida activa. La tranquilidad de la vida aquella le aburre. Desea una mayor dedicación; su robusta naturaleza le impulsa a mayores cosas.

En 1901 se encuentra en Zaragoza con destino en el Regimiento de Gerona, donde, en agosto, contrae matrimonio con su prima doña Esperanza Jiménez Sacanell.

En esta plaza salva de una muerte segura, en un incendio ocurrido el 13 de enero de 1904, a una mujer y a un niño que no habían podido ser retirados de su vivienda, siendo admiración de todos el arrojo del Capitán Sanjurjo, y por Real Orden de 25 de octubre de 1905 se le concedió la Cruz de Beneficencia.

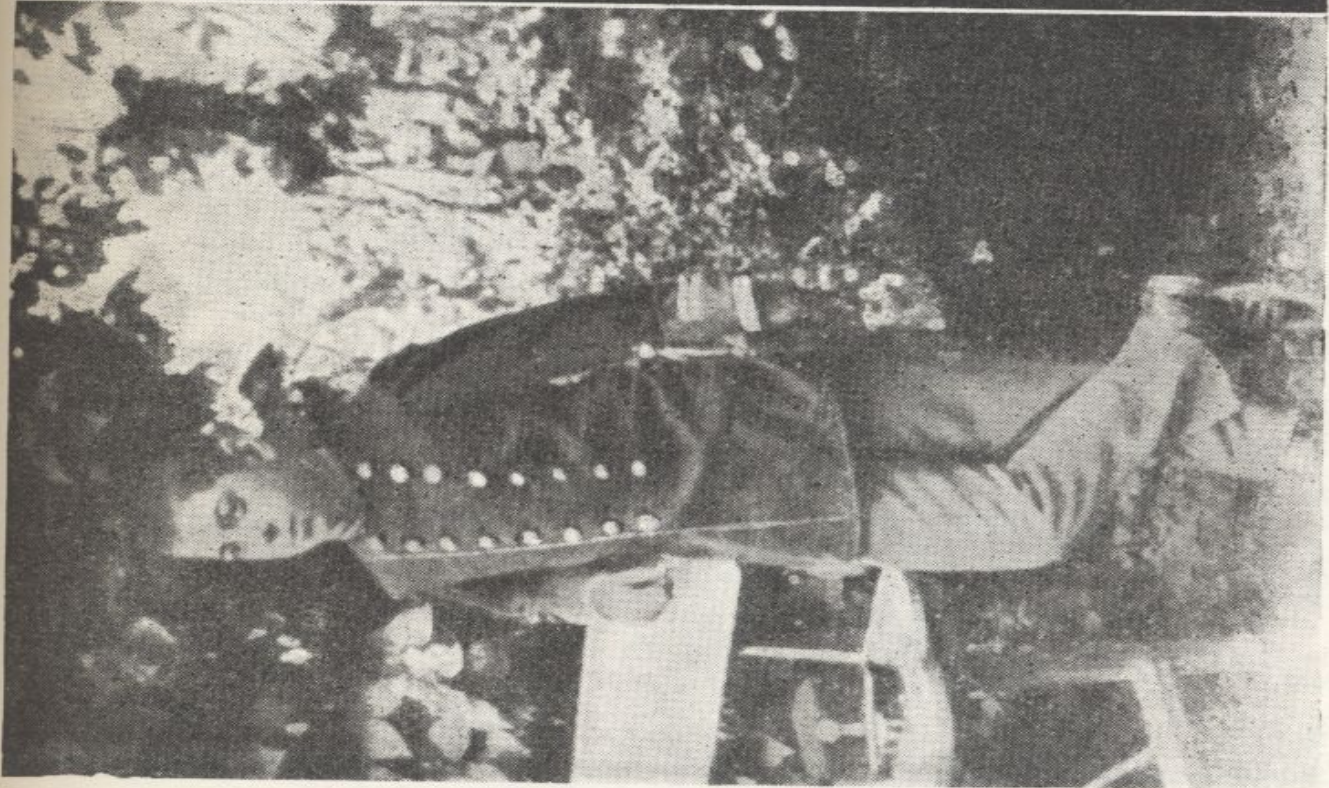
Se produjo por entonces el fallecimiento de su esposa del parto de su segundo hijo, y después, durante varios años, entristecido, obtiene destinos distintos, ninguno de los cuales mitiga sus ansias. No se encuentra a gusto en ninguna parte, por lo que procura y obtiene destino en Madrid, y en 1909 comienza una etapa de la enquistada guerra de Africa.

España sigue sin pulso. A ningún patriota ni a los militares les gusta aquella desestimación general de todo.

En agosto de este último año citado es destinado, a petición propia, al batallón de Cazadores de Figueras número 6, que con otras fuerzas y con manifestaciones en contra de la población civil, organizadas por socialistas y liberales, embarca para Melilla, cuya plaza se trata de liberar de los constantes ataques de los rifeños.

En un reconocimiento en el Zoco el Jenis de Beni-Bu-Ifrur, situado en una de las laderas del Gurugú, y a las órdenes del General Díez-Vicario, en cuyo hecho de armas murió éste, Sanjurjo es propuesto para el ascenso a Comandante, siendo así que, mandando en este día como jefe accidental del batallón, a esta Unidad se le otorga a su bandera la corbata de San Fernando.

Una cruz roja pensionada le fue concedida en 4 de febrero del siguiente año por la toma de la Alcazaba de Zeluán.



Don José Sanjurjo, con el uniforme de alumno del Colegio de Huérfanos de El Escorial



Sanjurjo, con el entonces Coronel Franco, en el desembarco de Alhucemas

El ascenso a jefe apenas le beneficia, pues lleva ya diez años de Capitán. Vuelve a la Península terminadas estas operaciones, y en enero, ya en Melilla de nuevo, cubre una vacante en el Regimiento de San Fernando.

Formando parte de una columna mandada por el General Navarro y al frente de uno de los batallones de su Regimiento, ocupó las lomas de Bucherit, donde se destacó una vez más.

También contribuyó a la toma de Monte Arruit en el mismo mes de enero de dicho año, concediéndosele una cruz roja pensionada.

Al crearse las fuerzas de Regulares Indígenas, en 1913, logró ser destinado a estas Unidades.

Entretanto, nuestros gobiernos, bajo el reinado de Alfonso XIII, tras el de su padre don Alfonso XII y de su madre, la extraordinaria Reina Regente, digna de mejor suerte (pues fue víctima paciente de la pérdida de nuestras últimas posesiones ultramarinas), se caracterizan por el turno de caducos y divididos partidos en el interior y en el exterior, por la costosa y larga guerra en el protectorado español de Marruecos.

La propaganda marxista se hace dueña de voluntades, a quienes se unen no sólo los aprendices de Pablo Iglesias, sino los liberales y republicanos y, como complemento del revulsivo conjunto, los anarquistas, que sumen a Andalucía y Cataluña en el desorden más demoníaco e infamante, desembocando todo ello en violencias generales y en Barcelona a la llamada semana trágica, que el enérgico General Martínez Anido, Capitán General de la Región, secundado por Alergui, General de la Guardia Civil y entonces Jefe Superior de Policía, no menos intransigente y rigorista contra toda clase de desórdenes, y especialmente en aquel siniestro cuadro, reprime con la fuerza de orden público y el Ejército las violencias de los revolucionarios en choques sangrientos que cubren de luto a Barcelona y buena parte de las provincias catalanas.

El Jefe del Gobierno, don Antonio Maura, el buen patriota conservador, sufre gran quebranto, y es juzgado en Consejo de Guerra y condenado a muerte y fusilado el dirigente marxista Francisco Ferrer.

La secuela fue un estado de agitación general; huelgas que arruinan más aún a nuestras industrias y nuestros campos.

Don José Canalejas, Presidente del Consejo de Ministros, cae asesinado en Madrid el 12 de noviembre de 1912.

En aquella España desdichada continúan los discursos de arrolladora elocuencia de los Ministros y de sus enemigos.

Sanjurjo dice por aquellos días que prefiere estar en Africa y que ya no le gusta ni Madrid, por el que en algún tiempo sintió especial predilección.

En enero de 1914, y al mando de las Compañías de Regulares de Tetuán, tomó parte en vanguardia en una operación de castigo sobre las cabilas Beni-Salem, Malalien y Kalalien. Entre estas fuerzas se hallaban ya Mola y el Caudillo Franco.

Sanjurjo en estas operaciones se comporta heroicamente, resultando herido por dos veces, una de un balazo en el costado izquierdo, de donde mana abundante sangre que se taponan con su pañuelo, y después otra en el brazo del mismo lado, sin consentir ser evacuado y ni siquiera curado, a pesar de sufrir fuertes dolores.

Cuando acabó la operación se desvaneció y fue curado y evacuado al hospital de Tetuán, siendo ascendido en marzo de 1914 a Teniente Coronel y propuesto para la Cruz Laureada de San Fernando, que le fue concedida después del juicio contradictorio, en Ley de 16 de diciembre de 1914.

Sanjurjo es ya famoso y conocido por todo el Ejército y admirado por toda la nación; sus hazañas rebasan en mucho a las distinciones obtenidas por ellas.

En junio de 1915 es designado para el mando del Grupo de Regulares de Ceuta, al frente del cual tomó seguidamente parte en varias operaciones de aquella zona.

En 30 de julio de 1914 el Gobierno Dato proclama la neutralidad de España en la Guerra Europea que acaba de estallar.

Dicho muy brevemente, la vida política de España discurre en la forma que sigue: En 6 de diciembre de 1915 se halla en el poder el Conde de Romanones, que continúa hasta el 20 de abril de 1917. Las famosas Juntas Militares que contribuyeron también más aún al desgaste del poder, surgieron gobernando García Prieto, que se vio obligado a dimitir, reconociendo Dato, que le sucede, el Reglamento de las mismas en 11 de junio de 1917.

El 13 de agosto estalla una huelga general revolucionaria que reprime el Gobierno con firmeza.

García Prieto preside (con La Cierva de Ministro de la Guerra) un Ministerio de concentración que comienza en 1 de noviembre de 1917.

Las Juntas siguen imponiéndose, y tan graves se consideran las circunstancias, que en 21 de marzo de 1918 preside Maura otro Gobierno, constituido, además, por Dato, García Prieto, Alba, Cambó y el Conde de Romanones, que cae, y le sustituye otro presidido por García Prieto en 9 de noviembre de 1918. Se plantea entonces el problema catalán, y el Jefe del partido Liberal y más tarde Marqués de Alhucemas, tenía que dimitir, relevándole Romanones.

En 15 de abril de 1919 sube de nuevo al poder Maura con sus adictos. Todo es inútil, véase el aterrador panorama. Maura es sustituido por Sánchez Toca, pero las Juntas entorpecen cuanto pueden y le derrumban. Otro gabinete de Allende-Salazar dura desde el 12 de diciembre de 1919 al 3 de marzo de 1920.

Otra vez Dato, y son frecuentes los atentados sociales, cayendo víctima del más resonante de todos ellos el propio Presidente del Consejo.

Varios otros ministerios (después del desastre de Melilla, en el que muere en Annual el General Silvestre, y perdemos 14.000 hombres), bajo el signo de intrigas abominables que asquea al país y le sume cada vez más en su ya viejo complejo de impotencia de posibles mejoramientos.

Sanjurjo, una vez curado de sus heridas, vuelve a petición insistente a Marruecos.

Tras otras varias operaciones, toma parte, al mando de su Grupo de Regulares de Ceuta, en los de Cudia Federico y Collado de la Hidra, en junio de 1915.

Una serie de operaciones que nos llevaría mucho espacio referir, hace que Sanjurjo sea cada día más popular en todos los medios sociales, ya que la Prensa, en general, no cesa de ponderar sus repetidos actos de bravura e inteligencia.

En el último ciclo de los llevados a cabo en la zona Ceuta-Tetuán, que termina con la toma del Collado de Ain Jir, resulta gravemente herido en el vientre el Capitán Franco, y Sanjurjo es propuesto para el ascenso a Coronel, empleo que le fue concedido en diciembre de 1916, además de dos cruces *Rojas y otra pensionada que le fueron concedidas por sus servicios en campaña* en septiembre de 1915 y marzo de 1916.

Por razón de su nuevo empleo hubo de permanecer algún tiempo en la Península, y después de desempeñar los mandos de los Regimientos de Pavía y de Wad-Ras y la de Vocal de la Comisión de Táctica y de la Junta Facultativa de Infantería, vuelve a Marruecos.

Al frente de una columna en Tetuán, con otras dos al mando de las tres del General Vallejo, en 1919, Sanjurjo contribuyó brillantemente en unas operaciones de gran envergadura, resultando derrotado el Raisuni en sus ambiciosos propósitos nada menos que de expulsar a España, por de pronto, de las zonas Tetuán-Ceuta-Larache, lográndose entonces una autorización para desarmar las cabilas a retaguardia de nuestras líneas; aspiraciones ya viejas del entonces glorioso Coronel Sanjurjo.

El 17 de marzo de 1920 es ascendido por elección a General de Brigada. Hubo de regresar de nuevo a la Península, siendo designado para desempeñar el cargo de Gobernador Militar de Toledo, en cuya Academia de Infantería se halla su hijo Justo, de Cadete, cursando sus estudios.

La fama de Sanjurjo, cuando asciende a General, es igual o superior a la de otros muchos militares distinguidos también y de muchos merecimientos de mayores edades y empleo; si bien Sanjurjo cuenta ya cuarenta y ocho años, pues ya hemos visto que permaneció sin tomar parte en la campaña, en el empleo de Capitán, diez años.

Según el General Esteban Infantes, que fue mucho tiempo Ayudante de nuestro General, al ascender a este empleo se le dio una comida, a la que asistieron los más distinguidos militares del momento, entre otros muchos, Primo de Rivera, Milán del Bosch, Silvestre, Aguilera, etc. Las palabras pronunciadas al final de este homenaje, que demuestran la modestia y bondad de don José Sanjurjo Sacanell, después Marqués del Rif, y dos veces laureado, fueron estas: "No estoy acostumbrado a hablar en público porque mi vida

no ha sido precisamente una escuela de oratoria. Siempre traté de cumplir con mi deber, y si acepto este homenaje es para dedicarlo a los que murieron a mis órdenes y a los héroes anónimos, que son los que ganan los laureles que luego sirven para adornar a otros. Muchas gracias. No puedo decir más. No puedo decirlo de otra manera.”

Cuando se recibieron las primeras noticias en Tetuán del desastre de Melilla en 1921, Sanjurjo opera en la zona Tetuán-Xauen, al frente de tres columnas, mandadas una por el Comandante Saliquet, otra por el Teniente Coronel González Tablas y la tercera por el Teniente Coronel Ruiz Fornells.

El Comandante General dispuso que inmediatamente se organizase una agrupación de Unidades de socorro, constituidas por dos Banderas del Tercio, dos Tabores de Regulares y dos Baterías de Montaña.

Estas fuerzas se concentraron en Ceuta. Las Banderas de la Legión eran mandadas por Millán Astray, su fundador en octubre de 1920, y una de ellas, la primera, por el Comandante Francisco Franco, que llevaba cinco años en este empleo, por lo que aún no tenía veintinueve años de edad y era ya considerado por un valor sobresaliente en el Ejército, pues entre otras muchas cosas se decía que presentía la topografía en espacios aún no visibles, que aprovechaba perfectamente en los movimientos de sus tropas, con lo que así probaba su conocimiento del terreno y de la topografía.

Llegados en el barco “Ciudad de Cádiz” a Melilla, hallaron a la población civil desmoralizada, llena de pánico; “de la Comandancia General de Melilla no queda nada...”. Sanjurjo, en la travesía, ya había dicho “vamos a un infierno, que nadie se haga ilusiones, pero tenemos que salvar a Melilla”.

De todo cuanto aconteció en una de las campañas más heroicas de la historia contemporánea, se ha escrito mucho, por lo que resultaría excesivo aquí repetir tanto esfuerzo, sufrimiento y heroísmo. Los nombres, sobre todo de Sanjurjo, los de Millán Astray y Franco, resuenan en la Península con timbres de gloria imperecedera, y tras breve y brillante empeño, la bandera de los colores nacionales ondea de nuevo en Kolla y Basbel, las dos alturas máximas del Gurugú, con lo que la calma volvió a la población de Melilla.

A Sanjurjo le fue conferido el mando de la zona de Melilla, sustituyendo a Cavalcanti, en vista de sus méritos extraordinarios en esta primera fase de las operaciones.

Restablecida la normalidad en la zona de Melilla tras su segunda fase, no menos dura y más larga que la primera, el Raisuni volvió a insistir en su lucha en la zona occidental de Marruecos, siendo nombrado Sanjurjo Comandante General de Larache, mando que fue confirmado en 12 de abril de 1922, emprendiendo una serie de operaciones brillantes cuya finalidad principal era la toma de Taxarut.

En estos combates murió, en las inmediaciones de Tabarrant, el Teniente Coronel González Tablas, uno de los más prestigiosos Jefes del Ejército.

Fue nuevamente batido y derrotado el Raisuni en acciones personales del General Sanjurjo, al que en este tiempo, por sus méritos tan destacados en Melilla, le fue concedida la Medalla Militar individual. Tras breve estancia como General Gobernador Militar en Málaga, en Real Decreto de 27 de julio de 1923 es ascendido a General de División y designado para el mando de la novena División y Gobernador Militar de Zaragoza y su provincia.

Atrás quedó otra vez Marruecos con su problema al fuego vivo, el más grave de la nación, y sin embargo, el Ejército, cohibido en sus posiciones, sin permitírsele apenas repeler las amenazas o agresiones de los moros, con las fuerzas disminuidas y con órdenes del Gobierno de evitar operaciones de ninguna clase. Así lo exigían los enemigos del régimen y de España en su Prensa, en sus manifestaciones públicas y violencias, en su Prensa intransigente, amenazante y feroz.

Sanjurjo se encontró, al hacerse cargo de estos últimos mandos en la Península, con este cuadro de anarquía desoladora, con un Gobierno desbordado y la autoridad en la calle en manos de la chusma, las organizaciones proletarias demolían todo, y quienes a ellos se enfrentaban por cualquier medio de difusión, o tenían que huir de España o eran asesinados. Todo ello muy acrecentado en Cataluña. Pestaña y el "Noy del Sucre" eran los dueños. La magistratura, prácticamente suprimida; la Administración general, en una quiebra sin precedentes.

Por eso, cuando el inolvidable don Miguel Primo de Rivera le propuso a Sanjurjo su propósito de acabar con aquel estado de cosas en septiembre de 1923, le contestó al Marqués de Estella: "Para trabajar por el bien de España cuenta conmigo. Ponme un telegrama cifrado cuando llegue el momento; si a la media hora no oyes decir que me han tirado por un balcón, cuenta también con la guarnición de Zaragoza. Pero tenemos que ser buenos y justos."

Después de producirse el incruento golpe de Estado y ya total dueño de la situación Primo de Rivera, Sanjurjo se separó voluntariamente de toda intervención política. Únicamente en los primeros instantes fue Gobernador civil de Zaragoza, pero pasó en seguida a desempeñar el cargo de Capitán General de la Región, y por Real Decreto de 10 de mayo de 1924, el de Comandante General de Melilla.

Primo de Rivera, resuelto a terminar la total ocupación de Marruecos, se designó no sólo Presidente del Consejo de Ministros y Jefe del Gobierno, sino Alto Comisario de España en Marruecos, para lo cual tuvo como siempre en cuenta las condiciones de lealtad, honradez y valía del General Sanjurjo, que fue empleado en toda clase de acciones militares, comenzando, sin pérdida de momento, los preparativos para asaltar Alhucemas, cuya ocupación se estimaba desde hacía muchos años único medio de una solución total, tanto por parte de España como para Francia, cumpliendo así nuestros compromisos internacionales respecto de nuestro Protectorado y salvando a nuestro país



El General don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella

de una sangría de vidas y de dinero que tenía sumamente disgustada también a buena parte de la sana opinión española.

Tras un repliegue de nuestras líneas en Tetuán, en 1924, con el fin de reunir el mayor número de fuerzas y que costó grandes sacrificios, muchas bajas y gastos, pronto quedó todo dispuesto, produciéndose el desembarco tras una entrevista del Alto Mando con el Mariscal Petain, interviniendo Sanjurjo en ellas, al cual en aquellos días se abría un expediente informativo para conocer los méritos contra dos por nuestro General desde agosto de 1924.

La División de desembarco la mandó Sanjurjo. Las dos Brigadas serían mandadas: la de la zona Occidental, por Saro, y la de la Oriental, por Fernández Pérez. Formaron en estas Unidades los más destacados Jefes: Franco, Varela, Goded, Muñoz Grandes, Menor, etc.

Desde el torpedero número 2 dirigió Sanjurjo las operaciones de asalto. La columna de Franco fue la primera en poner pie en tierra el día 8 de septiembre de 1925, sobre las 11,30 horas, con el agua al cuello, pues los remolques hubo que abandonarlos, algunos, a centenares de metros, mientras la Escuadra francesa y la nuestra batían los puntos claves de protección de las tropas a pie desde el momento de su lanzamiento. En la mañana del día 9 Sanjurjo saltó a tierra para inspeccionar la situación general.

Si bien estas operaciones fueron costosas en todos los órdenes, lo cierto es que el sueño de nuestros mandos superiores y de España se cumplió, y del todo, porque en los años 1925, 26 y 27, la totalidad del territorio fue ocupado y Abd-el-Krim hecho prisionero por los franceses, después de batido y acosado por el Ejército español e inmediatamente perseguido por una Bandera de la Legión, un Tabor de Regulares y un Escuadrón de Alcántara en las inmediaciones de Targuis, en 1926.

En estas operaciones yo ya tomé parte como Alférez y Teniente en la 2.^a Bandera, 3.^a y 1.^a, por este orden, y, sucesivamente, desde el 19 de octubre de 1925 hasta el fin de la campaña el 10 de agosto de 1927, efemérides de los hechos que ahora me propongo referir, o sea, hasta la ocupación de Yebel Alam o monte sagrado de los moros, por estar en él enclavado el Santuario de Abd-el-Salam.

En la primera fase del desembarco fue gravemente herido, en la toma de Malmusi, Muñoz Grandes, al frente de su famosa Harca, y Franco tomó con la Legión, Monte Palomas, dos alturas de importancia suma para la penetración.

Sanjurjo fue comisionado para ponerse al habla con el General Boichut, pues la colaboración francesa presentó a veces dificultades.

En Real Decreto de 5 de octubre se asciende a Sanjurjo a Teniente General; pero continuó al mando de las fuerzas de Alhucemas y designado Comandante General de Melilla en comisión.

DE LA ALTA COMISARIA DE ESPAÑA EN MARRUECOS, A LA
DIRECCION GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL

En una exposición hecha al Rey, Primo de Rivera solicita y obtiene que Sanjurjo le releve como Alto Comisario de España en Marruecos, "... cuya brillante historia militar —dice— es la del Ejército, con el que compartió un tercio de siglo de luchas y afanes...".

Al terminar la campaña, el Rey le otorga el Marquesado del Rif, más apropiado que el de Malmusi, como se pensó, al parecer, al principio de esta decisión.

La labor realizada por el General Sanjurjo como Alto Comisario es tan inmensa que no cabe en este lugar, por mucho que se extracte su contenido.

Después de una reunión en Uazán y Rabat, acompañado por Goded y el Teniente Coronel Aranda, con los Generales Boichut, Jefe del Ejército francés de la zona marroquí del país vecino, Georges, Hallés, Freidemberg y Dosse, Sanjurjo fue recibido por el Sultán de Marruecos, concediéndole la Gran Cruz Alamita.

Antes de su ascenso a Teniente General, el Gobierno había dispuesto que se instruyese otro juicio contradictorio en favor de Sanjurjo, tantas veces benemérito de la Patria, y en R. D. de 1 de octubre de 1927 le fue concedida la Gran Cruz Laureada de San Fernando.

Afianzado en el poder Primo de Rivera con el beneplácito general, pues en el gran luchador de exaltado patriotismo ven los españoles de buena fe la salvación de España; dispuesto a mantener el orden de los enemigos que por todos los medios recurren al derrocamiento de la dictadura, el General Sanjurjo es nombrado, por R. D. de 3 de noviembre de 1928, Director General de la Guardia Civil.

La primera etapa hasta 1930 del mandato del General Sanjurjo, fue grata; la segunda fue, por más ingrata, "la más difícil de cuantas su suerte le había deparado".

Mientras la llamada dictadura, España se recupera; la confianza general hace prosperar la economía; el nivel de vida se eleva; en obras públicas se hace tanto que hoy no se concibe que en tan poco tiempo y en un país en ruinas y con tan enfrentados enemigos, pudiera haberse llevado a cabo labor tan descomunal, que tuvo como base el orden en todos los sectores, piedra filosofal de toda prosperidad y mejora.

Pero las izquierdas, arrivistas envenenados y los viejos políticos de antes del año 23, en siniestras conjunciones inconcebibles para quienes les alienta el patriotismo y la decencia, hicieron, al fin, imposible, al gran marqués de Estella, su estancia en el poder; todos los medios sin violencia se le habían acabado y no hay duda que al máximo no pudo llegar, ni quiso, por extremado en aquellos momentos.

Sánchez Guerra, desde París, organiza una sublevación militar basándose en existentes disgustos entre los artilleros, y en absurda combinación de obreros y militares, se proyecta un movimiento que no llega a manifestarse en la calle, nada más que en Ciudad Real. Es sofocado rápidamente, y detenido en Valencia Sánchez Guerra, fue recluso primero en las Torres de Cuarte y después en el cañonero Dato.

Sanjurjo es enviado a Valencia para instruir la información correspondiente y destituye al Capitán General Castro Girona.

Rodeado prácticamente de enemigos, acosado, unas veces por claras omisiones a sus fines de mantenerse en el poder, por la prensa clandestina e incluso por la frialdad hallada en sus propios compañeros del Ejército, Primo de Rivera, angustiado, triste y delicado de salud, presenta la dimisión ante el Rey, y parte para el exilio.

El golpe recibido por Sanjurjo, que nunca disimuló siquiera, fue tremendo. Aceptó la decisión, pero en nada de toda esta trama de malvados enemigos del Ejército y de España intervino personal y espontáneamente; pero aparte de la adhesión que sintió siempre hacia don Miguel Primo de Rivera, que tanto expuso por mantener e incrementar lo existente de nuestras posibilidades, es que su clarividencia característica pronosticó los más oscuros acontecimientos nacionales, manteniéndose, no obstante, leal al Rey.

El General don Dámaso Berenguer, cuyo gobierno de relevo preside, trata de atraerse a las masas populares. El resultado es nefasto. Los republicanos y socialistas y con éstos, unidos o separados, las más extrañas y aviesas doctrinas extremistas se manifiestan sin traba alguna. Toda esta gente desacredita por todos los medios más procaces al propio Rey. La Guardia Civil sufre las más graves ofensas y agresiones y el Ejército es vilipendiado y desacreditada la monarquía, cuyo cerco venía estrechándose desde hacía muchos años.

Se mantuvieron calladas a duras penas las izquierdas durante el Directorio de Primo de Rivera, porque lo más curioso de toda esta gente que vociferaba, era que ante la menor presión de fuerza cedían siempre, y cuando ésta no existía eran como cuervos que se cebaban en los cadáveres.

Sanjurjo sigue al frente de la Guardia Civil, pero siempre obediente, prácticamente maniatado, porque la delincuencia se la apropian, la justifican y protegen los partidos revolucionarios.

La monarquía marcha a la deriva, porque no sólo son las izquierdas quienes la atacan, sino incluso los monárquicos, que se pasan solapada o abiertamente al campo enemigo, al que ya temen. Así, Ossorio y Gallardo se declara monárquico sin rey; Alcalá Zamora se manifiesta partidario de una **República democrática**, y otro tanto hizo Miguel Maura; todo ello en sendos discursos de distintas fechas en 1930.

El 17 de agosto de este año citado tiene lugar la reunión de San Sebastián,

donde los opuestos a la Corona, entre ellos Alcalá Zamora, Maura y jefes de partidos republicanos y obreros, con representantes de los autonomistas catalanes y gallegos, en donde se convienen los principios básicos de la República y se compromete la unidad nacional.

Resulta curioso anotar aquí que Alcalá Zamora, hombre de brillante oratoria, a pesar de los tropos numerosos de que algunos le acusan, en el año 22 era Ministro de la Guerra de la Corona.

El presidió el acto de la Jura de Bandera de mi promoción en el patio del Alcázar de Toledo, con su rutilante uniforme ministeril y amplio bicornio.

En mis recuerdos de aquella memorable fecha encuentro parte de su preciosa alocución. Las palabras a que me refiero fueron estas: "Ni la frialdad del cálculo ni las horas de meditación, podrán como el sentimiento presentaros en el día de hoy, la perspectiva de la muerte poetizada por el sacrificio."

Entonces, Alcalá Zamora era sin duda alguna monárquico. Unos años después fue también republicano y Presidente del Gobierno provisional, y después Presidente de la República; Jefe del Estado español, en un régimen que en ningún momento fue democrático, aunque así algunos, muy pocos, lo pretendieran inútilmente; pero no se enfadaban, no dimitían.

Anticipándose al movimiento revolucionario proyectado por los enemigos del régimen, se sublevaron en Jaca, un 12 de diciembre, los Capitanes Galán y García Hernández, que fueron reducidos y detenidos, siendo ambos juzgados en sumarísima y fusilados, muriendo también en los encuentros sostenidos por los sublevados el Capitán de la Guardia Civil Félix Manguenz Bellón, un Sargento y varios más de tropa de la Benemérita.

Sanjurjo dictó una orden general en la que felicitaba a las fuerzas de la Comandancia de Huesca por su actuación, en términos emocionados y donde podía apreciarse, dentro de su misma serenidad, el disgusto que le embargaba.

En 28 de marzo de 1931 impuso el Rey a Sanjurjo la Cruz de Carlos III, en Palacio.

En elecciones municipales anunciadas para el mes de abril triunfan en las capitales los republicanos; es decir, quienes llevaban detrás —y sálvese el que pueda— toda la amalgama de ambiciosos y resentidos, unidos a los apátridas nihilistas o tarados, inadaptados, incapaces, etc.; y en los pueblos, los monárquicos. El por qué fue entonces proclamada la República no es ahora del caso. Pero las izquierdas se lanzaron a la calle en forma difícilmente contenible.

Sanjurjo se encierra en el silencio y da órdenes de templanza sin menoscabo de la autoridad y prestigio de la Guardia Civil, en espera de que alguien le llame con autoridad suficiente en los primeros momentos; pero nadie le llama y pasa el día 13 y se proclama el primer gobierno de la República el 14, y el Rey, que insiste en que no quiere que se vierta sangre, marcha al exilio. El propio Sanjurjo toma medidas de seguridad para las personas reales.

Lo que se ha dicho en este particular sobre nuestro General no se aproxima siquiera nunca a lo cierto. Sanjurjo no fue partidario de ningún régimen. Creemos que ni siquiera pensó en ello jamás, salvo algún ligero comentario con el que no se precisa un sentimiento firme; Sanjurjo sabía obedecer y lo hacía mejor que nadie, sus sentimientos se elevaban siempre por encima del medio. Su afán insaciable era el de hacer, ser útil a su Patria, por la que tantísimas veces expuso todo. Era incapaz, por otra parte, de guardar rencor; pero no podía ver con agrado el menor agravio a las instituciones del orden y a la Patria. Nada más, era totalmente objetivo. Su caballerosidad e hidalguía congénita no le permitían ser de otra forma.

Y la República fue todo lo contrario que lo que él sentía y soñó. Sanjurjo era un hombre vigoroso, fuerte como un roble, pero muy emotivo y sentimental. Ante cualquier hecho de orden espiritual, sus grandes ojos oscuros brillaban, pugnando por salir las lágrimas. Por eso, cuando se hablaba con él una sola vez, se le quería para siempre. ¡Qué difícil era olvidarlo luego!

Y la República, que en un principio es regida por un Gobierno provisional, que preside Alcalá Zamora; Miguel Maura, en Gobernación; Manuel Azaña, en Guerra; en Marina, Casares Quiroga, y Marcelino Domingo, en Instrucción Pública; Alvaro de Albornoz, Fomento; Fernando de los Ríos, Justicia; Indalecio Prieto, Hacienda; Largo Caballero, Trabajo; con Martínez Barrios en Comunicaciones y Nicolau D'Olwer en Economía, comienza una acción destructora de lo existente, sin autoridad alguna en el poder, a merced de los energúmenos de la calle, que se imponen a todo trance, mientras las fuerzas de represión se mantienen acuarteladas, y en algunos lugares hasta con miedo de salir individualmente a la calle, por temor a ser insultados o brutalmente atacados.

A Sanjurjo se le llama y se le dan amplios poderes para mantener el orden, tanto de las fuerzas de orden público en general como del Ejército pero en las condiciones dichas; incluso se le ruega, y con insistencia, por el Gobierno, que continúe al frente de la Guardia Civil.

Actos primeros de la República fueron: una amnistía, con lo que salen a la calle gran número de delincuentes y gente de barricada sedientos de venganza; cambiar la Bandera roja y gualda de la España tradicional por la federal roja, amarilla y morada, que ocasiona un disgusto no sólo en el Ejército, sino en lo más sano de todas las clases; y el ex Teniente Coronel Maciá, catalán separatista, proclama la República catalana en Barcelona. Para arreglarlo, el Gobierno concierta el ofrecimiento de que en las próximas Cortes constituyentes se aprobaría un estatuto autónomo para aquella región. Se crearon en todas las provincias de España unas tituladas Comisiones Gestoras con amplias atribuciones, con las que el socialismo se apropió prácticamente del país en poco tiempo.

La primera fiesta nacional del trabajo, el 1 de mayo, estuvo presidida en



Don José Sanjurjo, Director General de la Guardia Civil
(3-XI-1928 a 3-II-1932). (Oleo C. I. de la Guardia Civil. Ficha. 112.)

todas partes por desmanes en la vía pública por gente de la peor calaña.

Ya, el día 11 de mayo, después del asalto en Madrid al Círculo monárquico, el día 10, se cometió el más vil atropello de la masa de toda clase de gente maleante, enfurecidos obreros engañados y perfectamente jaleados y dirigidos solapadamente en el anonimato, por la quema de conventos, que quedó en la historia como vergüenza de todos los españoles ante la pasividad de la fuerza por orden del Gobierno, al mismo tiempo que los comunistas intentaron una huelga revolucionaria con asalto a cuarteles y armerías y crear lo que llamaban "soviet mixto".

La resultante fue la quema de once iglesias, conventos y centros de enseñanza en Madrid, otros tantos en Málaga y Valencia y muchos en Alicante, Cádiz, Murcia y otros lugares, destruyéndose o robándose valiosos tesoros artísticos, para evitar lo cual ni los bomberos acudían a las llamadas de angustia de los más o menos afectados, pues cuando al final lo hacían en algún caso ya nada se podía evitar, y si la fuerza de orden público acudió al fin a algún lugar afectado, fue para contemplar los hechos relatados, pues tenían órdenes severas de que "no se derramase una sola gota de sangre".

El Presidente del Gobierno, al explicar todo ello, creemos que se vio obligado a decir que los responsables eran los enemigos del régimen, atribuyendo a los monárquicos "provocaciones", que nadie sabía en qué habían consistido, pues todos los de esta ideología y hasta los republicanos moderados se hallaban aterrorizados y la prensa de estos matices exponía su opinión e información tan moderadamente, que el conjunto producía mayor desconfianza aún por la cobardía general predominante.

Y he de hablar por fuerza en primera persona. Tendré, de todas formas, que hacerlo inevitablemente en la parte final de este bosquejo de sucesos desgraciados y heroicos de aquellos tiempos.

En estos días, la Guardia Civil sufrió las afrentas graves que pueden suponerse, si bien sólo era el principio de una serie continuada de ellas durante cinco años de humillaciones que habían de sobrevenir.

El mismo día 14 de abril, como otros muchos oficiales, ya estaba yo envuelto en una información que me instruyó el Jefe de la Comandancia, Teniente Coronel don Juan Moreno Molina, mandándome arrestado preventivamente a mi casa, quitándome el mando de la Línea de Pravia (Oviedo), porque hallándome de revista en Luarca vimos aproximarse una multitud compuesta por obreros mayormente, mujeres y hasta niños, que con muchas banderas de la República y al frente un Capitán de Artillería de uniforme, sobrino de Albornoz, Ministro de Fomento, que con voces e insultos pretendían entrar en la Casa-cuartel.

Mi Capitán, don Jacinto Gómez Gallego, allí presente, pues Luarca era la residencia de la P. M. de la Compañía, estaba indeciso y me dejó hacer. Yo me

opuse, y tras una violenta discusión con el Capitán Albornoz, entre los gritos de la calle y los lloros de las mujeres y niños asustados de los guardias, mientras éstos se asomaban por las puertas y ventanas, nada más pasó.

Pero mi situación se acabó a los dos días siguientes. Una huelga general en toda Asturias hizo que se me devolviese el mando y me concentraron en San Esteban de Pravia, donde ocurrían cosas más graves. Aquel incidente en Luarca no tenía entonces la menor importancia, tan poca, que nadie volvió a acordarse de ello, puesto que en Asturias y en toda España se produjeron todos los días y a todas horas cosas verdaderamente graves y fueron tantas que sólo referiremos más adelante las gravísimas.

Los jefecillos de la que se llamó Confederación Nacional del Trabajo era gente dispuesta a toda clase de tropelías. Eran anarquistas, socialistas, unidos entonces también a los comunistas, desde luego todos, apenas sin excepciones, delincuentes recientemente salidos de las cárceles. Refiriéndome sólo a la demarcación de mi Línea, podría citar varios con sus antecedentes y nombres.

Esta gente, pistola en mano descaradamente o disimulándola en los bolsillos, hacía cesar sus trabajos a los obreros en sus tajos, talleres, almacenes, fábricas, puertos, etc. Después vi que lo mismo ocurría en todas partes, que no sólo era en Asturias.

Unas veces concentrado en Gijón o en La Felguera, en Mieres o Turón y otros puntos de la cuenca minera, oí tantos tiros y explosiones como en una guerra permanente.

Nunca fueron sacrificados en nuestro ámbito nacional tantos obreros, tantos guardias civiles, guardias de asalto, policías y soldados, como en la época de la República.

Sanjurjo recibía, naturalmente, toda esta clase de noticias con la indignación que es de suponer; pero su disgusto no le había hecho ceder aún de su firme propósito de acatar las órdenes del Gobierno y cumplir con su deber; pero el mal ejemplo de Madrid cundió, cometiéndose toda clase de profanaciones incalificables, mientras la Guardia Civil, que no hacía más que contemporizar, se hallaba imposibilitada y en algunas poblaciones la propaganda había sido lanzada contra el Cuerpo en términos tan violentos y acusadores de actividades inexistentes, con conocimiento por supuesto de los Ministros, jefes de partidos revolucionarios, como Prieto y Largo Caballero, por ejemplo, por citar algunos, que ni las mujeres y los hijos de guardias civiles podían salir a la calle sin riesgo de ser insultados o golpeados.

Los guardias civiles lloraban en sus casas ante su impotencia. Todo esto lo iba conociendo día tras día de manera inacabable el General Sanjurjo, de todo lo cual se informaba con detalle.

Durante la quema de las iglesias en Madrid, se encontraba en Marruecos. Sabemos que con su presencia en la capital de España aquellos hechos no hubieran podido producirse, pues en los lugares en que él estaba y se produ-

ieron desórdenes de esta clase, no hubo ni tales violencias ni derramamiento de sangre, pues, con orden del Gobierno o sin ella, hubiera procedido con la debida energía, como ocurrió con los grupos que se formaron en Melilla, donde estaba el día 12 y, posteriormente, en Tetuán.

Sanjurjo comienza a ver claramente que la República "no iba a mantenerse dentro de los cauces normales de un Gobierno democrático" y ya vivió alerta, pero siguió aún obediente.

El comunismo ya se ha dejado ver. Moscú se atribuye la quema de los conventos, asaltos y saqueos.

Los jefes de los partidos revolucionarios y buena parte de los Ministros no quieren a la Guardia Civil y temen a Sanjurjo, pero el Gobierno provisional de la República lo necesita.

Así, por ejemplo, cuando con motivo del cambio de régimen se altera el orden en la Administración general de Marruecos y los indígenas producen alborotos y desórdenes graves en algunos lugares, como en Tetuán, por ejemplo, es Sanjurjo quien va allí a restablecerlo a requerimiento del Gobierno. Muy poco antes hubo de salir de Tetuán sigilosamente, después de ser cercado y agredido en su propia residencia el General Jordana, a la sazón Alto Comisario.

Cuando regresó nuestro General, el orden en Marruecos era absoluto y se le pidió que simultanease la Alta Comisaría de Marruecos con la Dirección General de la Guardia Civil.

Decimos se le pidió, porque los Gobiernos de la República no mandaron nunca a Sanjurjo ningún servicio sin antes consultarle, ni menos lo hizo el Gobierno provisional presidido por Alcalá Zamora, sumidos también sus Ministros en profundas preocupaciones que se traducían en miedo ante una España a dos pasos de la total anarquía.

En 27 de junio, asimismo fue requerido para sofocar un complot en el Aeropuerto de Tablada, en el que, con la complicidad y complacencia de los Oficiales más calificados e ignorancia de otros, llegó a convertirse en un movimiento subversivo de gran amplitud en toda la provincia de Sevilla. No sin dificultades, Sanjurjo impuso su autoridad, restableció el orden y aquel disparate no fue a más.

Las Cortes comienzan a elaborar la Constitución que entra en vigor en 1932, pero a los pocos días se promulga la Ley que se denominó "la defensa de la República", que dio carácter de dictadura a lo que ellos llamaban en la Constitución "una República de trabajadores de todas clases".

Azaña, a quien sus amigos consideraban una feliz revelación de la República, que después probó con sus hechos reales de gobierno que no mereció concepto general tan halagüeño, puesto que no fue precisamente por sus aciertos por lo que destacó, sube al poder, en el que se mantiene más de dos años, y en

este bienio se producen hechos tan dolorosos para España, que rompen los nervios más templados, como veremos en otra ocasión, y que en definitiva fueron como colmo de las causas por las que el glorioso General Sanjurjo se dispuso al sacrificio de sí mismo y de todo cuanto significaba su persona para su pueblo, que tanto le admiró y tanto le quiso.



BIBLIOGRAFIA

- GENERAL SANJURJO: Esteban-Infantes, Emilio.—Edit. AHR.—Barcelona, 1957.
- HISTORIA DE LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA: Arrarás, Joaquín. Tomo I. Editora Nacional.—Madrid, 1956.
- HISTORIA DE LA CRUZADA ESPAÑOLA.—Ediciones Españolas, S. A. Volumen I, tomo IV.—Madrid, 1940.
- SINTESIS DE HISTORIA DE ESPAÑA: Ballesteros y Beretta, Antonio.—Salvat Editores, S. A.—Barcelona, 1967.